

Discurso de recepción del académico Franklin José Franco Pichardo*

Emilio Cordero Michel**

El viejo amigo e historiador Franklin José Franco Pichardo, me ha honrado al pedirme responder a su discurso de ingreso como miembro de número a esta Academia Dominicana de la Historia para ocupar el sillón “T”, titulado *Remanentes ideológicos de la esclavitud en República Dominicana*. Y en mucho me honra su escogencia porque, además de estar unidos por una fraternal amistad de cerca de cuatro décadas, él es un intelectual dedicado a tiempo completo a realizar trabajos de investigación histórica, que le ha permitido publicar 22 obras y unos 200 artículos en revistas y periódicos nacionales y extranjeros, encontrándose las primeras 8 dedicadas al tema racial en el país.

En efecto, su labor historiográfica se inició en el año 1966 con la aparición de su premiada obra por Casa de las Américas, de La Habana, Cuba, *República Dominicana. Clases, crisis y comandos*, que lleva media docena de reediciones, que trata de la Guerra Civil que se desató en 1965 por el restablecimiento del gobierno constitucional del presidente Juan Bosch, derrocado el 25 de septiembre de 1963 por los sectores más retrógrados de la sociedad dominicana.

* Pronunciado en el salón de actos de la Academia Dominicana de la Historia, la noche del 29 de abril de 2004.

** Miembro de número de la Academia Dominicana de la Historia.



Después de la Revolución de Abril de 1965, en la Universidad Autónoma de Santo Domingo ocurrieron varios cambios novedosos, entre ellos, el surgimiento del Movimiento Renovador en cuyo seno un grupo de intelectuales revolucionarios e improvisados profesores, se planteó investigar nuestra verdadera identidad nacional; es decir, determinar con rigurosidad científica nuestros orígenes, reivindicar la herencia africana, analizar la discriminación racial y las relaciones históricas dominico–haitianas.

A consecuencia de esos propósitos, en los años 1967 y 1968 se realizaron las mesas redondas, auspiciadas por las Escuelas de Sociología, Economía, Historia y Antropología tituladas “Hacia una Nueva Interpretación de Nuestra Historia”, que le correspondió organizar, justo es decirlo, al académico Francisco Alberto Henríquez Vásquez, quien fue el primer director de la Escuela de Historia y Antropología de la Facultad de Humanidades. Por cierto, esas mesas redondas provocaron que yo mismo me lanzara a investigar y escribir sobre temas históricos, ya que en dichos años presenté cuatro trabajos que me alejaron de la docencia de Recursos Económicos Dominicanos e Historia Económica Dominicana –que eran las asignaturas que impartía en la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales– y determinaron que me dedicara a la Historia hasta el presente.

En una de esas mesas redondas, Franklin José Franco Pichardo hizo su debut como investigador histórico al presentar, en octubre de 1967, una breve ponencia titulada *La aportación de los negros* que, dos meses después, fue editada por los Talleres de Artes Gráficas Carmen.¹ Con ese opúsculo de 25 páginas, en el pequeño formato de 4½ X 7 pulgadas y

1. Franklin J. Franco Pichardo. *La aportación de los negros*. Santo Domingo, Talleres de Artes Carmen, 1967.



con texto de 19 picas, se estrenó Franklin con el tema del negro en República Dominicana.

Tratar el aporte del negro en la identidad nacional y su papel en el proceso histórico del pueblo dominicano, era considerado un tema prohibido y solamente era aceptado, con cierto resquemor, a nivel de la poesía negroide. Se mantenía oculto que el dominicano tiene una identidad nacional bien definida, con escasisima, por no decir insignificante, influencia aborígen –salvo en algunos toponímicos, ciertas técnicas y actividades productivas en el cultivo agrícola, en la confección del casabe, el consumo de algunos alimentos, la cerámica, la cestería y en una que otra creencia o mitología, bastante deformadas, de la sociedad taína– resaltándose la ascendencia hispánica e indígena y silenciándose la fundamental contribución africana.

Es más, los clásicos intelectuales planteaban que en la formación de la composición étnica dominicana, proceso que tardó varios siglos, solamente participaron de manera preponderante dos grupos raciales: los blancos ibéricos (como si la España, producto de la larga Guerra de la Reconquista, tuviera una población puramente aria) y los taínos, rápida y cruelmente exterminados por el trabajo forzoso en La Encomienda Indiana y por las enfermedades introducidas del Viejo Mundo.

Naturalmente, Franklin no fue el único pionero en tratar el tema, ya que, en agosto de 1967, Pedro Andrés Pérez Cabral, (*Corpito*), publicó en Caracas, *La comunidad Mulata. El caso socio-político de la República Dominicana*², obra sumamente polémica en la que su autor, a pesar de considerarse marxista, seguidor del método del materialismo

2. Pedro A. Pérez Cabral. *La comunidad mulata. El caso socio-político de la República Dominicana*. Caracas, Editora Gráfica Americana, 1967.



histórico, expuso planteamientos marcadamente racistas y hasta típicos del nazismo. Por la inmediata crítica con que fue recibida la obra, *Corpito* la recogió y apenas circuló. Yo poseo un ejemplar que escapó a esa purga inquisitorial realizada por su autor, adquirido antes de que la edición fuera retirada de las pocas librerías que existían en la época en esta ciudad y el resto del país.

Luego, el magnífico y gran poeta nacional Pedro Mir intentó convertirse en historiador al publicar, en 1969, *Tres leyendas de colores*,³ en cuya tercera parte, “El negro en Santo Domingo”, con prosa hermosísima llena de poéticas fantasías, trató de manera marcadamente idealista y anticientífica el tema del papel desempeñado por el esclavo africano en nuestra formación étnica. Más tarde, Hugo Tolentino Dipp, lanzó al público la obra *Raza e historia en Santo Domingo. Los orígenes del prejuicio racial en América*⁴, publicada bajo mi dirección, en 1974, en la recién creada Editora de la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Lástima que tan brillante intelectual dejara el tratamiento del tema en un primer volumen, ya que anunció en su introducción que en un próximo tomo “*prolongaría el estudio desde la dualidad colonial que en el siglo XVII crearon el Santo Domingo español y el Saint-Domingue francés, hasta llegar al siglo XX.*”⁵

Con estos antecedentes, Franklin Franco Pichardo se adentró en el africanismo y la discriminación racial en Santo

-
3. Pedro Mir. “El negro en Santo Domingo”. Tercera Parte de *Tres leyendas de colores*, 1ª ed. Santo Domingo, Editora Nacional, 1969, pp. 205–387.
 4. Hugo Tolentino Dipp. *Raza e Historia en Santo Domingo. Los orígenes del prejuicio racial en América*, Tomo I. Santo Domingo, Editora de la UASD, 1974. (Colección Historia y Sociedad N° 9).
 5. Ibidem, p. 13.



Domingo y su segunda obra fue *Los negros, los mulatos y la nación dominicana*,⁶ publicada en 1970, que lleva once reediciones, y que es la más divulgada de su autoría. Podría decir que, a partir de este momento, Franklin se “amarró” al tema, aunque en varias ocasiones logró zafarse de esa atadura para tratar otros asuntos históricos.

Así tenemos, que en 1973 publicó dos libros: *Santo Domingo: Cultura, política e ideología*⁷ que lleva cuatro reediciones y *Problemas dominico-haitianos y del Caribe*,⁸ en 1990 lanzó al público *Haití: De Dessalines a nuestros días*⁹; en 1998 puso a circular *Racismo y antihaitianismo*¹⁰; en 2001 publicó *Ensayos profanos: Sobre racismo, pesimismo e izquierdismo*;¹¹ el pasado 27 de marzo de este año presentó un trabajo en el “Seminario Internacional La Ruta del Esclavo” con el título de *Reminiscencias del sistema esclavista en República Dominicana*¹²; y esta noche nos acaba de leer *Los Remanentes ideológicos de la esclavitud en República Dominicana*.

6. Franklin J. Franco Pichardo. *Los negros, los mulatos y la nación dominicana*, 1ª ed. Santo Domingo, Editora Nacional, 1970.
7. Franklin J. Franco Pichardo. *Santo Domingo: Cultura, política e ideología*, 1ª ed. Santo Domingo, Editora Nacional, 1973.
8. Franklin J. Franco Pichardo. *Problemas dominico-haitianos y del Caribe*. México, Editora de la UNAM, 1973.
9. Franklin J. Franco Pichardo. *Haití: De Dessalines a nuestros días*. Santo Domingo, Editora Nacional, 1990.
10. Franklin J. Franco Pichardo. *Racismo y antihaitianismo*. Santo Domingo, Sociedad Editorial Dominicana, 1990.
11. Franklin J. Franco Pichardo. *Ensayos profanos: Sobre racismo, pesimismo e izquierdismo*. Santo Domingo, Impresora Mediabyte, 2001.
12. Franklin. Franco Pichardo. *Reminiscencias del sistema esclavista en República Dominicana*. Ponencia presentada en el Seminario Internacional La Ruta del Esclavo. Santo Domingo, 27 de marzo de 2004.



Por otro lado, ha asistido a innumerables congresos nacionales e internacionales en los que ha participado con trabajos relativos al tema racial en el país y el Caribe. Esto, sin contar con 17 obras más, entre las que se destacan: *América Latina en los años 30* (1976); *Trujillismo: Génesis y evolución* (1976); *Duarte y la independencia nacional* (1976); *Enciclopedia Dominicana*, ocho tomos y cuatro reediciones (1978); *Historia de las ideas políticas en República Dominicana* (1980); *La Era de Trujillo* (1992); *Historia del pueblo dominicano* (1993), con tres reediciones; *Historia económica y financiera de la República Dominicana* (1996), con tres reediciones; *El pensamiento dominicano* (1999) y *Para aprender a investigar* (1999).

El discurso que Franklin acabó de leer, trata un controversial tema de nuestro pasado histórico: el de la herencia racista en la sociedad dominicana. El mismo, breve y preciso, está escrito con sobrio estilo, en castellano correcto y vibrante, porque él, como buen historiador, además de utilizar una correcta metodología de la investigación, es justo y verídico. Es decir, que no se deja dominar por la pasión o el interés clasista y fundamenta sus tesis en irrefutables fuentes históricas, aunque como ya dije en otra oportunidad, “*la objetividad absoluta no existe como tal porque al intelectual le es científicamente imposible separarse de su ideología.*”¹³

Franklin inició su discurso con una denuncia, que aparece con bastante frecuencia en los medios de comunicación: que el gobierno apresa y envía a la vecina Haití, a todo el que parezca nacional de ese país, incluso a ciudadanos dominicanos que por su color semejen ser haitianos. Esa actitud gubernamental

13. Emilio Cordero Michel. *El pensamiento social de Máximo Gómez*. Discurso de ingreso como miembro de número de la Academia Dominicana de la Historia. Santo Domingo, 4 de febrero de 2004, que aparece publicado en este número de *Clío* en el segundo párrafo de la página 15.



constituye una flagrante violación a los derechos humanos y prueba, palpablemente, el prejuicio antihaitiano que caracteriza a las actuales autoridades, que hace recordar los trágicos acontecimientos de la Era de Trujillo, especialmente los ocurridos a partir de octubre de 1937, que mantienen vigentes una funesta herencia ideológica racista.

A seguidas, abordó la primera abolición de la esclavitud en el territorio dominicano, realizada por Toussaint Louverture en 1801 cuando, a nombre de la República Francesa y obedeciendo a una correcta concepción geopolítica que permitiera garantizar la libertad lograda por los esclavos de la colonia de Saint-Domingue, utilizó como excusa la ejecución del Tratado de Basilea de 1795 para unificar la isla bajo la bandera de Francia. Considero que el amigo Franklin, quien asistió al “Seminario Internacional La Ruta del Esclavo”, celebrado a finales del pasado mes y escuchó mi ponencia, debió señalar el día de ese acontecimiento histórico que yo destacué fue el 26 de enero de 1801.

En esa ocasión indiqué que, por coincidir con la fecha natalicia de Juan Pablo Duarte, los racistas dominicanos de ayer y de hoy han mantenido ignorada tan importante data histórica. No es extraño, pues, que en este país, en el que se inició la esclavitud del negro esclavo en el Nuevo Mundo y se abolió la esclavitud, por primera vez en 1801, no se conmemore tan importante efeméride porque nuestros historiadores e intelectuales racistas y antihaitianos no han querido unir en un mismo día a Duarte y a Toussaint, cuando nuestro patricio seguramente debió sentirse muy orgulloso por haber nacido otro 26 de enero, aniversario de tan relevante acontecimiento.¹⁴

14. Emilio Cordero Michel. *¿En cuál fecha se abolió por primera vez la esclavitud en Santo Domingo?* Ponencia presentada en el Seminario Internacional La Ruta del Esclavo. Santo Domingo, 27 de marzo de 2004, pp. 9–10.



Importante fue que Franklin resaltara que la unificación política de la isla en 1822 bajo la bandera haitiana, fue el resultado de un reclamo de amplios sectores de la población dominicana –integrada en un 90% por negros y mulatos– de que se aboliera la esclavitud y se eliminara la discriminación racial restablecidas, por Napoleón Bonaparte en 1802 y mantenidas durante los períodos “La Era de Francia” y “La España Boba”. Esto es tan cierto como que no toda la población apoyó esa unificación ya que a la misma se opusieron núcleos minoritarios de la sociedad colonial que tenían ver afectados sus intereses de clase con la aplicación de las disposiciones de la Constitución Haitiana de 1816, particularmente los esclavistas, latifundistas, comerciantes monopolistas extranjeros y el clero católico, todos dominados por un profundo sentimiento racista.

Puesto que el régimen haitiano de Jean Pierre Boyer unificó la isla en 1822 e implantó una serie de medidas que eliminaron los privilegios que tradicionalmente beneficiaban a la oligarquía colonial y al clero católico, fue lógico que ambos sectores se opusieran, por sus intereses clasistas, a la unificación. Fue por ello, y no por otra causa, que los historiadores racistas que defendían y aún defienden a la oligarquía dominicana, tergiversaron ese hecho histórico y continúan negando los llamamientos populares hechos al mandatario haitiano para que viniera a liberarlos de la esclavitud y la discriminación racial y en todos los medios de comunicación evidencian un odio y un racismo antihaitiano irracional.

Esos intelectuales, periodistas, y comunicadores sociales hablan de la “brutal” Invasión Haitiana de 1822; de la “oprobiosa y criminal” Ocupación Haitiana; de la miseria y represión y oscurantismo en que vivió el pueblo dominicano durante los años 1822 a 1844, cuando en realidad ocurrió todo



lo contrario. En esos 22 años se respetaron los derechos humanos, no se esclavizó ni discriminó racialmente a ciudadano alguno, aumentaron como nunca antes la producción agrícola y las exportaciones, lo que permitió el desarrollo del capitalismo mercantil simple y el fortalecimiento de una débil clase media urbana y de pequeños propietarios rurales ubicados en los alrededores de las zonas productoras de tabaco del Cibao; clase pequeño burguesa de la que emergieron los trinitarios, con Duarte a la cabeza.

Aseguró Franklin que el racismo imperante entre los sectores oligárquicos de la sociedad dominicana durante la llamada Primera República “*facilitó aquí el surgimiento de una corriente pseudo-nacionalista, patrioter, impregnada medularmente por la tesis de la desigualdad entre los hombres por cuestiones de raza.*”¹⁵ Creo que ninguna de las aseveraciones del nuevo académico de número es más verdadera, porque ese lastre racista anticientífico de siglos, aún se manifiesta en nuestra sociedad por la esquizofrenia racial de la oligarquía nacional que se consideraba –y continúa considerándose– blanca y que con su conducta social ha sido la creadora de la práctica del racismo hacia los negros y mulatos dominicanos, componentes de la mayoría de nuestra población.

Todo ello, a contrapelo de la realidad étnica que, desde el temprano período colonial del siglo XVI, hizo que tres grupos humanos (el aborigen, el europeo español y el negro africano, pero fundamentalmente los dos últimos) crearan una mezcla racial privilegiada y única en el Nuevo Mundo. Por ese hecho histórico incontrovertible, el mulato como mestizo racial

-
15. Franklin J. Franco Pichardo. *Remanentes ideológicos de la esclavitud en Santo Domingo*. Discurso de ingreso como miembro de número de la Academia Dominicana de la Historia. Santo Domingo, 29 de abril de 2004, Opinión que expresa el autor en el segundo párrafo de la página 74 de esta revista.



numéricamente mayoritario, influyó determinadamente en el mestizaje cultural del que se llamaría pueblo dominicano, por lo que Duarte, con una certera visión de esa realidad, planteó en la sociedad patriótica La Trinitaria, antes de la separación de Haití en 1844, la necesidad de lograr la igualdad y unidad de la raza que, según su criterio era “ *uno de los principios fundamentales de nuestra asociación política.* ”¹⁶

Igualmente es correcto el señalamiento de que Santana realizó “*una purga racista*” que se inició con la mulata María Trinidad Sánchez, fusilada el 27 de febrero de 1845 junto a su sobrino Andrés Sánchez y José del Carmen Figueroa y continuó con la ejecución de los generales José Joaquín Puello, héroe de la batalla de La Estrelleta y de su hermano Gabino, así como del tío de ambos, Pedro de Castro, todos mulatos, el 23 de diciembre de 1847. Ocho años después le tocó el turno al general Antonio Duvergé y a su hijo Alcides, al trinitario Tomás de la Concha, así como a Alfonso Ibe, Pedro José Dalmaú y Juan María Albert, fusilados en El Seybo, el 11 de abril de 1855. Para eliminar a esos patriotas mulatos que se le opusieron, Santana inventó una conspiración “negrófila”, los apresó, juzgó sin recurso de apelación ni gracia y los hizo pasar por las armas.

El odio y la crueldad del hatero de El Seybo hacia Duvergé llegó al extremo de también hacer condenar a muerte a su hijo adolescente Daniel porque se encontraba a su lado al momento de ser apresado, con la cláusula de que se le aplicaría la pena capital cuando cumpliera 21 años, edad requerida por la ley para los condenados a la pena capital. Más aún, los hijos menores, Tomás y Nicanor, de 11 y 9 años de edad, respectivamente, fueron confinados en Samaná por supuesta

16. Juan Pablo Duarte. “Proyecto de Constitución.” En Rosa Duarte, *Apuntes. Archivo y versos de Juan Pablo Duarte*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1970, p. 146 (Instituto Duartiano, Vol. I).



complicidad en la conspiración por la que se acusó, juzgó, condenó y ejecutó a su padre y hermano.¹⁷

La muerte de José Joaquín Puello estaba anunciada con la opinión expresada por el cónsul francés en Santo Domingo, Eustache de Juchereau de Saint-Denys, al ministro de Relaciones Exteriores, François Pierre Guizot, citada por Franklin, en la que le señaló la peligrosidad que representaba Puello para plasmar los planes de poner en ejecución la infame Resolución de la Junta Central Gubernativa del 8 de marzo de 1844 –firmada por Sánchez– para lograr el protectorado a cambio de la cesión, a perpetuidad, de la Bahía de Samaná y de que el país sirviera de cabeza de playa de una agresión militar francesa contra Haití, por lo que “*era indispensable alejarlo de los asuntos políticos e incluso del país*”.¹⁸ Ese parecer fue factor determinante del trágico final de los hermanos Puello, a lo que se sumó la envidia que producía en Santana la popularidad que ambos habían adquirido entre los oficiales, suboficiales y clases del ejército, en su casi totalidad integrado por mulatos y negros.

Así mismo, valiente y veraz ha sido el señalamiento hecho por Franklin del origen de la tendencia indigenista criolla, propensión que se inició en Latinoamérica a partir del poema épico *La araucana*, de Alonso de Ercilla, que sirvió de

-
17. Joaquín Balaguer. *El centinela de la frontera. Vida y hazañas de Antonio Duvergé.*, 1ª ed. Buenos Aires, Impresora de Artes Gráficas Bartolomé U. Chiesino, 1962, pp. 179–182.
 18. “Oficio N° 23 de Saint-Denys a Guizot, Santo Domingo, 1º de julio de 1844.” En Emilio Rodríguez Demorizi (ed.) *Correspondencia del cónsul de Francia en Santo Domingo, 1844–1846*, Vol. I. Ciudad Trujillo, Editora Montalvo, 1944, p. 122 (Archivo General de la Nación). Existe versión en castellano del Gobierno Dominicano, traducida por la académica Mu-Kien A. Sang Ben, con el mismo título. Santo Domingo, Editora Amigo del Hogar, 1996, p. 147 (Colección Sesquicentenario de la Independencia Nacional, Vol. XI).



inspiración a representantes dominicanos de esa corriente como Angulo Guridi, José Joaquín Pérez y Manuel de Jesús Galván y ya, más recientemente, los nuevos indigenistas fueron influenciados por la obra *El mundo es ancho y ajeno*, del peruano Ciro Alegría. El caso de Galván en su afamada obra *Enriquillo* es típico. Para este españolizado autor: Enriquillo fue un indio de cultura hispánica, porque se educó en el Convento San Francisco, de la villa de Santa María de la Verapaz; se sublevó en el Batoruco no contra la monarquía española, sino contra las autoridades burocráticas coloniales por motivos puramente personales, porque el joven encomendero Valenzuela le robó la yegua *Azucena*, porque intentó violar o violó a su esposa Mencía, y porque al cacique quejarse ante la Audiencia, el Teniente del Rey, Pedro Badillo, lo arrestó y humilló.

Constituye una manera muy cómoda e idealista de interpretar ese hecho histórico el que Galván afirme que la lucha en las serranías del Batoruco fue el resultado de móviles personales y no debido a la situación existente en la isla, en la que los aborígenes, casi extinguidos, eran explotados de manera inmisericorde por los encomenderos y a que las condiciones materiales y subjetivas, permitían una insurrección por haberse producido la llamada “despoblación blanca” con el inicio de la conquista y explotación de los ricos yacimientos de metales preciosos de México y Tierra Firme. Los juicios de Galván, independientemente de la buena calidad literaria de su novela, son totalmente falsos y resulta realmente penoso que nuestros estudiantes tengan, obligatoriamente, que leerla, porque deforma la historia y desvirtúa la conducta de Enriquillo.

Y digo esto, porque concomitante e independientemente de la insurrección de Enriquillo, también en otras zonas se sublevaron conocidos caciques, como Hernandillo el Tuerto,



Ciguayo y el legendario Tamayo, adoptado por el grupo gentilicio de Enriquillo y convertido en su principal lugarteniente, y a ninguno de ellos le robaron nada, nadie violó o atentó contra el honor de sus mujeres, ni tampoco fueron encarcelados y humillados. Lo descrito por Galván como causas de la rebelión de Enriquillo es una forma de tergiversar la actitud de ese luchador taíno por los objetivos estratégicos de su grupo étnico que fueron, fundamentalmente, la libertad y la abolición de La Encomienda. Tampoco es correcto, como se ha hecho en una que otra obra mal escrita y llena de dislates históricos, presentarlo cual si fuera un traidor –después de firmar con Barrionuevo el tratado de paz de 1533– por perseguir y apresar a negros cimarrones que lucharon bajo su mando en calidad de aliados circunstanciales para conquistar los objetivos estratégicos de los aborígenes taínos, no de los esclavos alzados.

El discurso de Franklin Franco Pichardo tiene otros aspectos que ameritarían ser comentados, como es el caso del “pesimismo dominicano”, manifestado en la obra de José Ramón López *La alimentación y la raza* y en los escritos de Manuel Arturo Peña Battle y Joaquín Balaguer, entre otros, intelectuales orgánicos los dos últimos de la tiranía trujillista que resaltaron ese pesimismo y le dieron un fundamento ideológico, racista, discriminatorio y depredador a dicho régimen. También hubiera deseado referirme a la omisión, seguramente involuntaria por la premura con la que Franklin elaboró el discurso, del papel desempeñado por la Iglesia Católica durante todo el período colonial frente a la esclavitud; institución religiosa que ha estado pregonando su supuesta “influencia mitigadora” ante el modo de producción esclavista y que nunca cuestionó la forma brutal y criminal de ese sistema de explotación del hombre por el hombre por ser gran propietaria de dotaciones de esclavos en Santo Domingo y fomentadora de la discriminación racial. Pero no deseo



extenderme más, por lo que estoy en la obligación de concluir este discurso de recepción para no convertirlo en cansino.

Seguro estoy de que con su discurso de ingreso, Franklin provocará muchas ronchas en las delicadas epidermis de los intelectuales racistas del país, que no son muchos, de los pocos mulatos y negros que niegan su origen racial y representan los intereses de la rancia y “blancófila” oligarquía nacional que los explota y discrimina, que tampoco son muchos, así como de los sectores trepadores de la pequeña burguesía que alimentan y sostienen el odio y el prejuicio racial entre los dominicanos y frente a los vecinos haitianos por unas migajas que les suministra dicha oligarquía.

Felicito al amigo Franklin José Franco Pichardo por su enjundioso discurso, a la vez que le doy la más cordial bienvenida por su ingreso como miembro de número a esta Academia Dominicana de la Historia.

